

EL MERIDIANO

Juanma Fernández

Antifaz
en Venecia

CARLOS Bautista se desempeña como fiscal en la Audiencia Nacional, cargo que entiendo requiere hincar los codos sobre la mesa en esa edad en la que servidor y sus amigos se refugiaban en la imaginación para evitar las derrotas. Bautista ha saltado a la actualidad por utilizar una cuenta de Twitter en la que se burlaba de sus compañeros, de su trabajo y de casos tan delicados como el ll-M o el famoso Faisán.

Si bien su caso es más grave por tratarse de un cargo destacado de la judicatura española, lo de Bautista no es otra cosa que el antifaz que otorga la Red para vivir en anonimato el día a día. La impunidad de internet me hace pensar a veces en qué ocurriría si muchos tuviéramos la opción de ordenar un asesinato en un clic sin nombre del ratón. Tras el disfraz de las redes sociales, me asombra la cantidad de gente que una vez fallecida sigue viva en Facebook o Twitter. Se lo comentaba el otro día a un amigo que insistía en que a él le había pedido amistad en Facebook un tipo que estaba más muerto que un autónomo que pide crédito para emprender. El caso es que Caronte ya no puede trabajar sin ADSL y el río Aqueronte anda de reformas desde que una teleoperadora les avisó de que sin fibra óptica la tarea de mandar gente al otro barrio se iba a hacer más lenta. Fue entonces cuando el Ministerio de Hacienda echó cuentas de las pensiones de jubilación, y ya andan con una oferta de 20 megas que incluye las llamadas gratis a teléfonos fijos. Cualquier día en el BOE vuelven a obligar a que los difuntos lleguen a la orilla con una moneda en la boca; que una cosa es morir-se y otra no pagar el 'interné' a escote. Aquí, si se trata de sumar, sumamos todos.

Anda España como la canta Sabina, que se preguntaba en una canción: «¿Quién me ha robado el siglo veintiuno?». Porque es cierto que entre los avances vivimos conectados, pero la cuestión es si eso nos hace más vivos. Los teléfonos con conexión a internet han acabado con las dudas y cada vez es más imposible arruinar la noche buscando la calle donde está ese bar que un día nos contaron como verdad imposible.

Quizá nos mate el juego de sabernos sabidos mientras los interrogantes se pudren en las estanterías que Bautista estudió, sin entender que la sorna del calendario es un antifaz que ni Google localiza en Venecia.

@juanmaefe

Forradellas o el amor por la Filología

AL hablar del filólogo aragonés Joaquín Forradellas Figueras (Zaragoza, 1938), que falleció en San Sebastián el pasado 21 de marzo, no cabe sino destacar la importancia de los profesores de Enseñanza Media que además compaginan tan ardua y poco valorada tarea con la investigación. Él fue un buen ejemplo, pues tomó el testigo de su maestro José Manuel Bleuca Teijeiro en el Instituto Goya de Zaragoza y el de Fernando Lázaro Carreter en la Universidad de Salamanca, donde se doctoró a los veinticinco años en Filología Románica, trasladando sus enseñanzas con rigor, dedicación, libertad de pensamiento y amplitud de miras.

Su obra más conocida es el 'Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria' (Barcelona, Ariel, 1989), firmada junto a Angelo Marchese, que él enriqueció con nuevas definiciones e ilustración de textos. En ella se nota el estilo del profesor consciente de que la sencillez y claridad expositivas no están reñidas con la preparación metodológica y la excelencia crítica. Y otro tanto ocurre con la anotación del 'Quijote' (Barcelona, Instituto Cervantes-Ed. Crítica, 1998), en la edición dirigida por Francisco Rico, que, como decía Daniel Eisenberg en la revista de la 'Cervantes Society of America', trataba de ofrecer una nueva y difícil manera de dar a conocer la magna obra cervantina con todos los útiles de la ecdótica y la crítica textual. Nadie mejor que Forradellas podía hacer ese trabajo, porque la anotación exige no sólo amplios conocimientos lingüísticos y literarios, sino un buen sentido de la lengua española, además de discreción a la hora de seleccionar lo fundamental y evitar lo innecesario.

EL REFLEJO

El filólogo aragonés Joaquín Forradellas falleció el 21 de marzo en San Sebastián. Por Aurora Egido, catedrática de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza



Pero aparte de esas obras, desearía destacar su buen gusto como lector empedernido, patente en la posesión de una estupenda y selecta biblioteca. Bien conocido por librereros y bibliófilos, acudía a convocatorias como la del Centro Cultural Koldo Mitxelena en torno a 'El libro vasco en las bibliotecas públicas'. Ese afán lo extendió a la investigación literaria, pues Forradellas supo estudiar con idéntica finura desde las églogas de Luis Barahona de Soto al 'Decir a las syete virtudes' de Francisco Imperial. Buscador incansable del libro raro y curioso o del texto oculto, descubrió hace años en la revista 'Hojas selectas' la primera novela de Pérez de

Ayala, 'El último vástago', que fue no sólo el umbral de su posterior narrativa, sino el espejo que iluminó las actividades políticas en Asturias a principios del pasado siglo.

De capital interés fue su edición de 'La zapatera prodigiosa' (Madrid, Espasa Calpe, 1990) de Federico García Lorca, que, estrenada en Madrid en 1930 y seis años después en Buenos Aires, no se llegó a publicar, al morir su autor trágicamente. Perdido el manuscrito original, las ediciones existentes se basaban en copias llenas de errores. De ahí la importancia del trabajo de Forradellas, basado en un nuevo apógrafo que reflejaba la puesta en escena bajo la dirección del propio Lorca. Con ello se ponía en manos del lector un gran poema dramático en el que la fantasía y la realidad se unían a través de un apólogo del alma humana.

También cabe destacar su edición de 'La casa de Bernarda Alba' (Madrid, Espasa, 1991), la última obra de Lorca, que no llegó a ver representada. Forradellas destacó su valor intemporal, aunque la situara en las coordenadas históricas, estableciendo su relación con el teatro, el cine y la fotografía de su tiempo, sin olvidar la impronta de las vanguardias. En ella, el poeta mostraba el dolor cotidiano con palabras que despertaban la inquietud de los espectadores a través de unas voces que emanaban del pueblo para hacerse paradigma de una tragedia universal.

Pero no desearía olvidarme de un precioso libro suyo publicado en Salamanca en 1986. Me refiero al 'Cartapacio poético del Colegio de Cuenca', que, trasladado con otros muchos códices provenientes de los colegios mayores sal-

mantinos a la Biblioteca del Palacio Real, volvió finalmente a Salamanca gracias a los desvelos de Antonio Tovar. Forradellas describió rigurosamente el manuscrito, trazó su historia y nos ofreció una edición pulcrísima en la que además planteaba la dificultad de acceso a la lectura de poesía durante los siglos XVI y XVII.

Aparte habría que hablar del amigo invariable, del hombre justo y generoso, y del aragonés tenaz, que fue profesor en la Universidad de Salamanca durante cinco años y luego uno en el Instituto de Guernica, pasando, hasta su jubilación, al Instituto de Peñaflores de San Sebastián, ciudad donde vivió con su esposa María Luisa Herrero, también catedrática de Literatura Española de Enseñanza Media y excelente profesora. Ambos formaron una familia ejemplar, junto a sus hijos Melén, Joaquín, Susana y Teresa.

El homenaje que el Ateneo Guipuzcoano le hizo en 2006 y la despedida de sus amigos y discípulos de San Sebastián en la Catedral del Buen Pastor son un buen ejemplo del afecto y respeto que genera la entrañable figura de un sabio zaragozano que nunca se olvidó de su tierra, y que dedicó toda su vida a leer, estudiar y enseñar la Literatura Española con verdadera vocación.

Sirvan unos versos de Antonio de Soria, sacados del mencionado cartapacio salmantino, como modesta corona de discreción en homenaje a Joaquín Forradellas, al que tanto deben sus lectores y alumnos:

«Nunca me plugo escrivir lo que en mí no hiço amor, sino llana, la verdad; y saberla bien decir tengo por muy gran primor, y l'otro, por vanidad».

Un ángel en Aguarón

EN SACO ROTO

Por Juan Domínguez Lasiera

LE pusieron el manto nazareno, porque ella era muy devota. Del nazareno y del pueblo, su pueblo, Aguarón. Desde la preciosa iglesia de San Miguel Arcángel -que desconocía y me llenó de asombro- hasta el pequeño cementerio, desde el que se divisan los grandes viñedos y la sierra de Algairén, pensaba en mi Carmencica, en Maricarmen, como la llaman allí, y en lo mucho que había luchado en esta vida, siempre llena de vigor y de entrega a los demás, refunfuñona a veces, pero era cosa de su carácter nervioso, impulsivo, impaciente. Y en unos pocos meses, se agotó, con el mismo ímpetu que la animaba. Echo de menos sus verduras, sus pescados, pero sobre todo su cariño. ¡Qué de besos y abrazos nos dábamos! Nos declarábamos hermanicos del alma, aunque para mí era un ángel. Lo había sido con Ana María (iqué buenos y malos recuerdos!) y lo fue luego conmigo. Me pude despedir de ella horas antes, en el Clínico, aunque Carmencita ya no estaba allí. En mi anterior visita aún me reconoció, abrió los ojos, ensayó alguna

palabra para asombro de los que la rodeaban, como su hermana Conchita, que me decía que ya no conocía a nadie. Es que éramos hermanicos del alma.

No había estado nunca en Aguarón. Aunque entre mis recuerdos juveniles estaba el hecho de que Merche, amiga de mi hermana Ana Isabel en sus tiempos universitarios, era hija del doctor Batalla, que había ejercido muchos años como médico del pueblo. Carmencica lo recordaba con gran afecto. «Era un gran médico y tenía muchos hijos», me decía, lo que por supuesto yo sabía.

Aunque Carmencica vivía en Garrapinillos, todos sus amores estaban por Aguarón, al que acudía con frecuencia, y del que me hablaba con entusiasmo. Como he dicho, me impresionó su iglesia barroca, que recuerda al Pilar, con un lujo decorativo que obliga a pensar en el floreciente pasado de esta localidad del campo de Cariñena. Bóvedas, altares, altorrelieves pasmosos, doble púlpito, órgano... El cura párroco, que luego supe que era polaco, leía con dificultad el Evangelio, aunque luego,

en la homilía, se arregló mejor. ¿Le faltan servidores a la Iglesia española? Los Joaquín, padre e hijo, procuraron mostrarse serenos; las nietas lloraban mucho. ¡Cuántos desvelos por sus nietas! Y Conchita, su hermana, a la que tanto quería, un baluarte.

Frente a la iglesia, un bello Ayuntamiento porticado, un centenario Casino -al que Adonis, que me acompañaba, se resistía a entrar, porque se pensaba que era lugar de juego. ¡Hombre, Adonis, al mus sí que se juega! Le expliqué lo que eran los casinos, los tradicionales de pueblo, y al final llegamos a deducir que en Cuba los llaman 'liceos'. Bueno. Muy cerquita, el museo de Luis Marín Bosqued, hijo de la villa, pintor al que conocí a su regreso de México. Me hubiera gustado entrar, pero no era el momento. El día era muy frío, el viento atroz. Pero las muchas flores que adornaron la tumba de Carmencica hablaban del cariño de su familia, de sus amigos, de sus vecinos. Eso llenó de calor nuestros corazones.

Un beso Carmencica, ángel mío, hermanica del alma.